

Deborah Singer

Discursos en movimiento: configuración del espacio caribeño en tres novelas de Tatiana Lobo

Universidad Nacional (Costa Rica)

[dsinger@una.ac.cr](mailto:dsinger@una.ac.cr)

Desde la llegada de los europeos a América, la narrativa en torno del espacio caribeño y su gente fue consolidando una construcción de imágenes cuyos efectos son perceptibles hasta el día de hoy. Cristóbal Colón inauguró esta tradición al incorporar en sus diarios de viaje criaturas míticas y paisajes exuberantes en los que la abundancia le resulta imposible de describir. En los años que siguieron, los reportes de viajeros dieron cauce a la creación de diversos textos literarios alusivos al trópico, que asentaron imágenes de primitivismo y paraíso perdido (recordemos por ejemplo a *Robinson*). Esta tendencia fue reforzada por los escritos de algunos filósofos e intelectuales europeos (de Paw, Hegel), quienes oscilaron entre una visión valorativa de nuestro continente en tanto “tierra del futuro”, y una concepción negativa debido a la influencia perniciosa que tendría el clima tropical sobre la población autóctona (véase Lavallé).

Si el clima y el paisaje juegan un rol tan preponderante a la hora de construir y asentar imaginarios acerca de lugares remotos, podemos aventurar que el fenómeno se presenta aún con mayor fuerza en el caso del paisaje caribeño. Es interesante constatar que los escritores latinoamericanos se apropiaron de estas imágenes y las incorporaron en su producción literaria. Por ejemplo, Gertrudis Gómez de Avellaneda escribe en su poema *Al partir*: “¡Adiós, patria feliz, edén querido!” (s.p.). Por lo visto, en el siglo XIX la idea de “Caribe paradisíaco” estaba bastante arraigada pero, ¿hasta qué punto podemos conjeturar que esas nociones del Caribe como *locus*

*amoenus* continúan vigentes? ¿En qué medida la novela centroamericana ha contribuido a deconstruir la idea del Caribe como paraíso perdido?

En este artículo se pondrán en discusión las representaciones del Caribe con base en tres novelas de la escritora Tatiana Lobo: *Asalto al paraíso* (1992), *Calypso* (1996) y *El año del laberinto* (2000). Si bien es cierto que las tres novelas mencionadas son muy diferentes entre sí y transcurren en épocas disímiles (la primera a inicios del siglo XVIII, la segunda entre los años 1939 y 1991, la tercera en 1894), todas ellas tienen en común que el Caribe juega un rol primordial en el desarrollo de la trama y en la construcción subjetiva de los personajes.

Antes de entrar en materia, conviene señalar que el Estado costarricense se constituyó alrededor de una zona conocida como el Valle Central porque en ella estaba asentada la oligarquía cafetalera. La región del Caribe se irguió durante mucho tiempo como un lugar periférico poblado de antillanos angloparlantes a los que no se les reconocía como miembros de la comunidad imaginada (véase Anderson), y por esa razón no fueron integrados en forma efectiva al proyecto- nación. En ese sentido, el Caribe representó durante mucho tiempo la entrada a un mundo desconocido en el que es posible aventurarse y encontrar realidades nunca antes vistas. De hecho, los personajes principales de estas tres novelas realizan un viaje desde el Valle Central hasta el Caribe, o desde el Caribe al Valle Central, y esa aventura tiene consecuencias sobre ellos de las que se hablará más adelante.

El enfoque que quiero desarrollar enfatiza el movimiento espacial al interior de la novela y su efecto en la transformación del sujeto. Para ello me fundamentaré en las herramientas de análisis que Ottmar Ette propone en su libro *Literature on the Move*, con el apoyo del texto *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* de Fernando Ainsa. El objetivo que me he definido es cuestionar la existencia de características inmanentes en ese territorio geográfico al que llamamos Caribe, que generarían una suerte de conjunción entre el miedo a lo desconocido y el deseo de lo prohibido. Un análisis de estas tres novelas me permitirá dilucidar en qué medida estos imaginarios son desestructurados, sobre la base de que la zona caribeña es un espacio

abierto y sus fronteras permanecen en movimiento a través de constantes procesos migratorios y de transculturación.

*Asalto al paraíso* narra las peripecias de Pedro de Albarán (o Pedro de la Baranda), quien se convierte en prófugo de la Inquisición y debe huir a América a comienzos del siglo XVIII. Su viaje lo conduce a la ciudad de Cartago (Costa Rica), donde se relaciona con aristócratas arrogantes, burócratas corruptos y todo tipo de personajes con algún grado de marginalidad social. Pedro de Albarán se traslada al Caribe en compañía de dos indígenas que hasta ese momento han trabajado como cocineras en un convento: Gerónima (la mayor de ambas), y la Muda (llamada así porque no habla). Luego se les unen dos niños negros llamados Bugalú y Babí; juntos construyen un particular modo de convivencia a orillas del mar. Pronto el equilibrio se quiebra y cada uno toma su propio rumbo. Pedro de Albarán regresa a Cartago, y desde ahí se dirige a un lugar que nadie puede precisar, terminando por desaparecer. Estos eventos tienen como trasfondo el levantamiento indígena liderado por Pablo Presbere.

*Calypso* relata la llegada al Caribe y posterior asentamiento de Lorenzo Parima, quien es un campesino del Valle Central en busca de bienestar económico. Su modo de vida es el del hombre blanco colonizador, dispuesto a tomar sin escrúpulos todo lo que se propone. Como contraparte se yerguen tres generaciones de mujeres Scarlet (Amanda, Eudora y Matilda) que luchan por conservar sus raíces e independencia. La obsesión por ellas de Lorenzo Parima (y la imposibilidad de poseerlas) deja al descubierto un sistema de dominación que se fundamenta en la diferencia de etnia, raza, cultura y género. Existe un mundo que a Lorenzo Parima le resultará siempre incomprensible, y por lo mismo, inalcanzable. La novela tiene como trasfondo los orígenes y desarrollo de Puerto Limón.

El argumento de *El año del laberinto* se construye alrededor del asesinato de la inmigrante cubana Sofía Medero en San José de Costa Rica. Los hechos ocurren a fines del siglo XIX, cuando se afianza la república liberal oligárquica, mientras se gesta un movimiento de apoyo a los cubanos que luchaban por su independencia. En esta novela prima la perspectiva del periodista Pío Víquez (portavoz de la elite intelectual, quien escribe desde el espacio público), y

la voz del fantasma de Sofía Medero (quien habla desde un espacio privado). Por su parte, la cocinera –María– pierde su trabajo y se refugia en el prostíbulo de Martín, alias “el Patillas”, donde adquiere el sobrenombre de “Motetes”. Tiempo después es detenida junto a otras prostitutas y deportada al Caribe. María se instala en un enclave bananero y allí inicia una nueva vida a cargo de un burdel.

### Literatura en movimiento: la búsqueda de sí mismo

La literatura de viaje resulta particularmente emocionante para un lector activo que dialoga con el texto y lo pone en movimiento, de esta manera se produce el efecto de viaje dado por la dinámica que se desencadena al interior de la obra. Ottmar Ette reconoce en cada texto cinco movimientos paradigmáticos: el círculo, la línea, la estrella, el péndulo, y el salto; todos ellos determinan la estructura interna y la forma en que el receptor se relaciona con los significados puestos en juego. Cuando la diégesis incorpora un viaje, el personaje involucrado pasa por tres momentos claves que Ette denomina *la partida, la llegada, el regreso*. En las novelas de Tatiana Lobo, el traslado espacial en dirección al Caribe trae consigo un movimiento hacia dentro de sí mismo en que el sujeto se hace consciente del espacio interno, y en ese proceso se conjuga lo ya conocido con los elementos ajenos, de manera que hay una actualización de las “reservas” de conocimiento. La experiencia del viaje da curso entonces a un modelo dinámico del espacio que involucra al sujeto que está inserto en él.

En este punto es importante retomar las connotaciones ideológicas que adquirió el Caribe después de la conquista española. Ette sostiene que una de las consecuencias fue la redefinición del concepto de espacio: el Caribe se irguió como una zona fronteriza entre una América del Norte más civilizada y una América del Sur todavía ignota. Ya en el siglo XVIII esta última resultaba bastante desfavorecida ante los ojos de los europeos, en parte debido a que para entonces España había perdido su estatus hegemónico. Por otra parte, la tesis acerca de la degradación corporal y mental (que explicaba la indolencia de los indígenas de la América del

Sur) también se extendía a los habitantes que descendían de inmigrantes europeos (véase Ette 58).

Desde el momento en que el Caribe es concebido como zona fronteriza está en condiciones de separar espacios, pero también de ponerlos en contacto. Visto así, el viaje al Caribe es entendido como un proceso abierto que tarde o temprano pone al sujeto frente a una encrucijada. A partir de ese momento ya no es la misma persona. Fernando Ainsa parte del principio que el individuo es el punto nodal de una serie de fuerzas que confluyen en él desde diferentes puntos espaciales, y éstas modifican su lugar en el mundo. El sujeto es circundado por el universo exterior, pero ese mundo logra penetrar dentro de él para conformar una prolongación del yo: “Esta prolongación natural, en la medida en que no hay confrontación, permite visiones estabilizadoras del espacio circundante.” (199).

Pero, ¿qué ocurre cuando existe una confrontación entre el sujeto y el mundo circundante? En tal caso, se produce una crisis de identidad que impulsa a *partir* en busca del “paraíso perdido”, poniéndose en movimiento el imaginario previo compartido socialmente. La partida de los personajes principales de las tres novelas de Tatiana Lobo se debe a motivaciones diferentes, pero en todos los casos existe un componente amenazador que los fuerza a ponerse en marcha. Pedro de Albarán (*Asalto al paraíso*) parte hacia América debido a la amenaza de ser capturado por la Inquisición; María Motetes (*El año del laberinto*) es expulsada de San José por las autoridades que quieren “limpiar” la ciudad, Sofía Medero (*El año del laberinto*) es obligada a exiliarse de su tierra natal, y Lorenzo Parima (*Calypso*) huye de la pobreza que afecta a los campesinos de la zona central. El único viaje voluntario es el que emprende Pedro de Albarán desde Cartago hacia el Caribe.

Los viajeros se mueven linealmente en un sistema bidimensional de coordenadas, pero en el acto de viajar intervienen otras dimensiones que superan lo meramente espacial, como la percepción del tiempo, la información previa, el elemento ficcional, y el contacto con la cultura del *otro* (véase Ette 19). El viaje es vivido como el lugar de confrontación entre diferentes niveles de experiencia y sus significados. Pedro de Albarán atraviesa la cordillera central venciendo el

horror ante un espacio sin estructurar, con el temor de ser enterrado en ese lugar “lleno de animalejos carnívoros y plantas caníbales” (Lobo, *Asalto* 131). La imagen del *locus terribilis* se remonta a los mitos europeos de la Edad Media, y Pedro de Albarán acude a ella al verse obligado a procesar la gran cantidad de estímulos que provienen de ese ambiente inhóspito. Desde esa perspectiva, el viaje es percibido como experiencia límite de las posibilidades humanas. Pero también es importante indicar que en el proceso de compilación se lleva a cabo la conexión de zonas espaciales que estaban inicialmente desintegradas, de manera que el traslado propicia la formación de un sistema coherente. La percepción previa del entorno natural da un vuelco al interior del sujeto y con ello la información se actualiza.

Cada *viajero* debe sortear los peligros de la travesía, lo que les significa el inminente peligro de muerte. Pedro de Albarán vive esa experiencia límite, y también la vive Lorenzo Parima en *Calypso*, cuya lancha sufre el embate de una tormenta y por poco naufraga, y María en *El año del laberinto*, quien es transportada al Caribe en condiciones deplorables. En otras palabras, los viajeros se ven confrontados a situaciones que los inducen a explorar hasta dónde pueden llegar, independientemente de la posibilidad de alcanzar (o no) su destino. Se trata de una suerte de rito iniciático ligado a la experiencia del Caribe, lo que podría sugerir que se trata del lugar identificado espacialmente con la realización de la utopía. Más adelante se verá si efectivamente es así. El caso de Sofía en *El año del laberinto* es diferente porque su viaje es *desde* el Caribe al Valle Central, y eso sella un futuro como cautiva de los convencionalismos josefinos que relegan a las mujeres de su posición social a la rutina del hogar. El espacio privado es percibido como un tipo de prisión.

### El Caribe como punto de destino: la llegada

Según Ette, la llegada al destino final supone una estadía que influye en el cuestionamiento de los propios esquemas, más aún si el sujeto entra en contacto con un *otro* cuyo modo de percibir la realidad le resulta ajeno:

The disturbing effect of alterity experiences with foreign cultures still on board is counteracted with the transformation of the traveler into spectators (flown-in ones but therefore not less static): the foreign is brought to the eyes as colorful image and neutralized at the same time. (41).

Parece ser que la tendencia “natural” es exotizar lo extraño para neutralizar sus efectos disruptores. Sin embargo, los personajes de Tatiana Lobo no llevan a cabo este tipo de procesos. En *Asalto al paraíso*, Pedro de Albarán arriba al supuesto “paraíso terrenal” sin grandes expectativas. Ya se señaló que el grupo que lo acompaña (dos mujeres indígenas, dos muchachos negros, una mula) es de una heterogeneidad tal, que difícilmente puede pensarse en la posibilidad de un proyecto de acción conjunto. De hecho, esa diversidad marca el tipo de relación que establecen entre sí en el entorno caribeño: se produce una cohabitación pacífica y a la vez lejana; lejana de la civilización, y lejana entre ellos mismos. Pedro de Albarán percibe el mar como una barrera que lo separa de Europa, pero al mismo tiempo es el puente hacia la civilización: “La mar del norte, el mismo mar que me había traído a América, el que me separaba de España peninsular, de Europa.” (Lobo, *Asalto* 157).

La vida plácida en el Caribe sin deberes ni responsabilidades le genera una sensación de vivir fuera del tiempo cronológico, en plena libertad; esto es exacerbado por su idilio con la Muda y la procreación de dos hijos mestizos. El *yo* de Pedro de Albarán oscila durante todo ese tiempo entre un sí mismo que por momentos parece desdibujarse, y el *otro* que corporizan la Muda, Gerónima y los muchachos. Las misteriosas excursiones de Gerónima están fuera del alcance de Pedro de Albarán, pero siendo el Caribe el centro de estas idas y venidas, su seguridad no se siente amenazada. Sin embargo, el derecho al ocio del hombre se sustenta sobre el trabajo del resto del grupo, que tiene a su cargo la responsabilidad de conseguir el alimento diario y velar por la seguridad de todos. Dicho en otras palabras, el paraíso de uno no necesariamente es el paraíso de los demás, por lo que el proyecto idílico no es viable y está condenado al fracaso. El deceso de la Muda, el destino incierto de su hijo recién nacido y la partida definitiva de Gerónima sacan a Pedro de Albarán de su letargo y lo impulsan a regresar con la amargura de su “fracaso

como fundador de puertos y civilizador de playas” (214). La triste burla de sí mismo pone en entredicho el proyecto civilizador del que se vanagloriaban los españoles de Cartago, cuestionando la factibilidad de la utopía del Caribe como espacio fronterizo fuera del tiempo. El Caribe no es el jardín del Edén en la tierra, pero la experiencia vivida en ese entorno tiene un efecto irreversible en su (nueva) forma de ver el mundo.

*Asalto al paraíso* ofrece además la perspectiva de otro viajero, en este caso un misionero llamado Juan de Alas que se traslada a Talamanca para evangelizar a la población indígena. El contacto que establece con la cultura ajena lo enfrenta a un proceso espiritual que desestabiliza sus convicciones y pone en tela de juicio los ideales de la colonización:

Si nuestra misión sagrada es rescatar almas para la vida eterna, ¿es necesario que lo hagamos asesinando los cuerpos? A veces siento la tentación de gritar ¡huid, huid todos vosotros de mis promesas mentirosas! (221).

Ottmar Ette afirma que el fenómeno del extrañamiento se manifiesta con mayor fuerza si aparecen involucrados modos de percepción culturalmente ajenos al sujeto. Eso explicaría el hecho de que en la novela *Calypso* Lorenzo Parima nunca llega a formar parte del poblado que él mismo fundó, en parte debido a la diferencia étnica y cultural: “Parima Bay no era la patria de Lorenzo. El nada tenía que ver ni con el mar ni con los negros.” (Lobo, *Calypso* 83).

Pero los negros están lejos de ser una comunidad ignorante y sumisa. La relación que Lorenzo Parima establece con su colega Plantintáh se plantea desde el principio en igualdad de condiciones, aunque este último más bien lo supera en cuanto a nivel educativo y a cualidades humanas. El desencuentro entre Lorenzo Parima y la comunidad de Parima Bay no se debe sólo a diferencias de tipo racial, sino a que esta última vive en una dimensión temporal que no corresponde con el tiempo orientado al futuro que preconiza la modernidad, y al que se adscribe el gobierno central. Este desencuentro impulsa a Lorenzo Parima a “importar” la civilización occidental, aunque ello le trae una degradación humana cada vez mayor. Con absoluta insensibilidad al modo de percibir el mundo de la población local, su prioridad es trasladar el

tiempo del *otro* al sistema cronológico occidental, independientemente de las consecuencias desestructuradoras que eso pueda significar para la comunidad de Parima Bay: “Avanzamos hacia el progreso, hacia el noroeste de la república, donde está el corazón del mundo civilizado, y algún día no muy lejano podremos ir y volver de la capital en un solo día.” (117).

Lo que Lorenzo Parima no comprende es que los habitantes del pueblo sienten el interior del país de manera mucho más lejana (espacial y simbólicamente) que cualquier isla antillana, y la forma en que Parima Bay se relaciona con el tiempo nada tiene que ver con la noción de progreso. No es una necesidad real para el pueblo. Lorenzo Parima se obsesiona por imponer la modernidad como una forma de paliar su soledad. La malograda experiencia caribeña se exagera en él debido a su incapacidad de controlar el destino de la comunidad, y por el deseo no satisfecho de poseer a las mujeres Scarlet.

Por su parte, María en *El año del laberinto* termina regentando un prostíbulo en medio de una bananera. Su vida se funde con la realidad y el tiempo del Caribe porque no hay de por medio un proyecto *civilizador* al cual ceñirse, ni una figura masculina a quien rendirle cuentas. La diferencia en relación con su vida anterior en San José radica en que en la bananera las cosas son “sin hipocresías ni tapujos” (Lobo, *El año* 326). María pone sobre el tapete la visión desvalorizada que se tiene del Caribe porque es precisamente ahí donde ella logra emanciparse, se hace dueña de su destino y aprende a tomar sus propias decisiones. Distinta es la percepción del Patillas, quien se traslada al Caribe para llevarla de regreso a San José, y desde una perspectiva afín al imaginario ciudadano deplora el letargo en el que el ambiente caribeño sume a las personas: “Esperó a que pasara algo que decidiera a la Motetes, pero nada pasaba. El tiempo, allí, estaba hecho de repeticiones infinitas.” (327).

En *El año del laberinto* encontramos la situación inversa, puesto que para Sofía el viaje del Caribe al Valle Central significa la sujeción a voluntades ajenas: “La ciudad era tan pequeña que no le costaba nada mantenerme bajo su control.” (273). El espacio abierto caribeño nada tiene que ver con la rutina cotidiana de la calle del Laberinto, donde “todo finge, miente, engaña,

aparenta lo que no parece y parece ser lo que aparenta” (93). De esta manera, la ciudad es cuestionada como modelo urbano y social de desarrollo.

### La utopía inviable y el regreso fallido

El movimiento en el espacio se traslapa con el viaje que el sujeto hace al interior del propio yo. En las tres novelas de Tatiana Lobo los personajes principales toman conciencia del camino recorrido y comprenden que el retorno al punto de partida no es posible; es decir, no es factible un movimiento cíclico.

Pedro de Albarán decide no establecerse en un lugar habitado por españoles porque “[...] él había cambiado, y en este viaje empezó a darse cuenta de ello” (Lobo, *Asalto* 197). El viaje lo había puesto en contacto con una *nueva* naturaleza, pero también con un grupo humano que dejó sus huellas en él. La influencia de la Muda, Gerónima, y la paternidad de dos hijos mestizos tienen por efecto un cambio radical en su visión de mundo. Pedro de Albarán no regresa nunca a España y se pierde en algún lugar del continente americano.

En *Calypso*, los años de frustración y soledad terminan por alejar a Lorenzo Parima del pueblo, buscando refugio en el Puerto a la sombra de una ex-prostituta. Sin embargo, el desplazamiento hacia el Caribe logró ponerlo en contacto con una cultura que, de manera imperceptible, dejó sus huellas en él. Es por eso que un regreso a su lugar de origen es impensable, según lo comprueba luego de una breve visita a su hermano en las montañas del Valle Central: “Cuando se marchó, aflojándose el nudo de la corbata, le entraron enormes deseos de regresar al mar. El silencio de las montañas lo sofocaba y su encierro le producía claustrofobia.” (Lobo, *Calypso* 210).

María Motetes regresa de la bananera a San José presionada por el Patillas. Pero en medio de la algarabía josefina lo interpela:

María dijo, Martín, yo me voy, me voy. El Patillas, sordo, no la oyó.

–¡Vuelvo a la Estación, vuelvo al bananal! –gritó, y soltó la mano del Patillas, quebró el círculo a codazos y desde afuera vio como su compañero se perdía, engullido por la animada comparsa.

(Lobo, *El año 333*).

Unas pocas horas en la ciudad la hacen comprender que su lugar no está ahí junto a ese hombre. Ya ha descubierto las bondades de la emancipación y no se muestra dispuesta a renunciar a ellas. Por esa razón decide regresar junto a sus compañeras de la bananera. Esta opción de vida entra en conflicto con todo un *corpus* novelístico que postula que en las bananeras el sujeto es destruido física o psíquicamente (pensemos por ejemplo en la novela *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas), y más bien propone la posibilidad de una redefinición de sí mismo.

### El espacio caribeño en movimiento

En las tres novelas el Caribe es presentado como un espacio dinámico en el que confluyen las fuerzas de la naturaleza (huracanes y tormentas tropicales) y los diversos visitantes provenientes de cualquier punto de la tierra. Más aún, en el imaginario europeo el Caribe siempre fue una fuente de discursos donde se entremezclaban la realidad y la ficción. El paraíso poblado de seres maravillosos es una invención de Occidente que terminó por proyectarse en el Caribe. Veamos cómo aparecen y se confrontan esos imaginarios en estas tres novelas. En *Asalto al paraíso*, Pedro de Albarán abandona el Caribe y regresa a Cartago, donde se reencuentra con Agueda, su ex-amante. Agueda le comenta la forma en que fue interpretada en la ciudad su larga ausencia:

Se decía que aquel lugar donde estabas era el jardín del Edén que tiene forma de teta de mujer. Unos y otros aseguraban que tu casa era un espacio fabuloso repleto de seres quiméricos, que te custodiaban: monstruos tenebrosos, grifos con cuerpo de dragón y alas de águila, dragones que escupían fuego y elefantes con cola de pez [...] (Lobo, *Asalto* 244).

Es interesante notar la alusión indirecta a Colón mediante la referencia al paraíso que “tiene forma de teta de mujer”. El comentario de Agueda deja en evidencia la existencia de una intertextualidad que pone en movimiento tejidos discursivos fuertemente anclados, y eso demuestra el grado de difusión que tienen las imágenes fantasiosas relativas al Caribe. Como plantea Ette (28-29), las referencias directas tienden a reafirmar y legitimar discursos, pero en este caso, resultan particularmente jocosas a un lector que ha dado seguimiento a la aventura caribeña “real” de Pedro de Albarán. En ese sentido, la novela contribuye a deconstruir esos imaginarios.

Una situación similar se presenta en *El año del laberinto*, cuando Pío Víquez publica en el periódico que una serpiente gigante de agua ha devorado dos canoas con sus marineros. ¿Dónde? “Lo pensó y se decidió. Escribió Matina, lugar fantástico en las inmediaciones de Limón, donde sucedían cosas extraordinarias.” (Lobo, *El año* 164). No hay que olvidar que Pío Víquez es miembro de la elite liberal costarricense y su proyección de lo maravilloso sobre el Caribe se presenta en términos de antítesis del proyecto modernizador que la oligarquía está tratando de implementar en la capital.

Lo anterior deja en claro la existencia de una frontera imaginaria entre un *nosotros* del espacio capitalino y un *ellos* que se localiza más allá del entorno conocido (el Caribe). Edward Said (80) menciona que se trata de un mecanismo para obtener negativamente el sentido de identidad (“ellos” son diferentes de los “nuestros”), de manera que, en la problemática que nos atañe, el Caribe es *hablado y articulado* por las elites del Valle Central. Esta mirada hegemónica tiene un propósito ideológico que intenta consolidar los valores de la cultura occidental mediante el control de la diferencia étnica y cultural (véase Said 86-87). El escenario caribeño que ha sido así construido no está dirigido a los habitantes del Caribe, sino a los que viven fuera de él.

La fusión entre el mito y el intertexto constituye una dimensión más del movimiento en el universo textual (véase Ette 24) y se manifiesta mediante la puesta en acción (actualizada) de las fantasías eróticas de los viajeros europeos. Estos últimos poblaron el trópico con imágenes de mujeres desnudas a la espera de ser tomadas (léase “civilizadas”) por el colonizador blanco. En

ese sentido, no es casual la ya mencionada comparación del paraíso con la teta de una mujer. Anne Mc Clintock lo define de la siguiente forma:

Renaissance travelers found an eager and lascivious audience for their spicy tales, so that, long before the era of high Victorian imperialism, Africa and the Americas had become what can be called a porno-tropics for the European imagination -a fantastic magic lantern of the mind onto which Europe projected its forbidden sexual desires and fears. (22).

Por otra parte, la zona tórrida fue descrita por los viajeros europeos como el lugar donde la vegetación abunda, donde frutos nunca antes vistos se ofrecen a la vista y al paladar, donde el paisaje resulta inimaginable para los occidentales. Eso explica que los lectores josefinos acepten como algo perfectamente verosímil los sucesos asombrosos que, según Pío Víquez afirma, ocurren en las inmediaciones de Limón.

En *Calypso* se nos ofrece una perspectiva alternativa que pasa por alto los prejuicios europeos y se construye más bien desde la mirada de la misma comunidad. El Caribe costarricense es una zona de confluencia en la que se produjo un constante flujo migratorio proveniente de Cuba, Jamaica, las Antillas, y Panamá. Esta situación permite que los habitantes de Parima Bay se acostumbren rápidamente a tener visitantes de origen diverso, y por eso se observan mayores niveles de tolerancia a lo extraño, y mayor desconfianza ante cualquier norma coercitiva. La comunidad se niega a aceptar la rigidez que el gobierno central intenta imponer y eso genera prácticas que resultan intolerables a los representantes de la autoridad oficial, como por ejemplo, el hecho de que el pueblo comience a bailar al compás del himno nacional. Existe una defensa de la autonomía que motiva a la resistencia ante los discursos autoritarios y todo aquello que implique instaurar relaciones de dominación-sujeción. En este aspecto juega un rol preponderante la percepción del espacio, que lejos de constreñir, más bien se abre como un campo flexible que ofrece un sinfín de posibilidades:

La gente de Parima Bay descubrió que las fronteras del mundo eran indefinidas, elásticas, encogibles, estirables y modificables, aunque a veces les pareciera que el globo terminaba en el Puerto o, a lo mucho, en la lejana capital de la república. (Lobo, *Calypso* 49).

De acuerdo con la tesis de Mc Clintock, el colonialismo estuvo ligado a la elaboración de mapas y el establecimiento de límites, lo que constituyó una forma de conjurar el peligro y la fascinación por los espacios en blanco. Es más, el mapa es una tecnología de conocimiento que legitima la toma de posesión del territorio conquistado (véase Mac Clintock 27). Veamos en qué medida *Calypso* problematiza la idea de *mapa*. Para los habitantes de Parima Bay los límites espaciales pueden encontrarse en el pueblo, en el Puerto (Limón), o en la capital; es decir, se trata de una noción vaga que no cumple un rol importante en el modo en que la comunidad se relaciona con el mundo. De hecho, el mar tampoco constituye un límite, sino más bien una puerta permanentemente abierta que posibilita el intercambio cultural. El espacio permanece indefinido y en constante movimiento.

Los visitantes sucesivos que recibe Parima Bay dejan una huella que se integra en el complejo acervo cultural; por eso observamos que el inglés de la reina Victoria que enseña el profesor jamaicano coexiste con el español del programa del Ministerio de Educación que enseña Abelardo Brenes. Esta heterogeneidad de elementos le da a Parima Bay (que podría ser cualquier pueblo en el Caribe) un dinamismo perpetuo, y eso es enfatizado por el flujo turístico y la presencia de inmigrantes temporales que buscan darle un sentido a sus vidas, es decir, van en pos del sueño caribeño. Algunos de estos visitantes intentan “vivir” el mito del primitivismo, y se instalan en condiciones precarias siendo su única preocupación el sustento diario. Otros traen proyectos futuristas de desarrollo, como la fundación de hoteles de categoría internacional. Otros acuden motivados por el fervor religioso y un ánimo catequizador, generándose momentos de catarsis en que los espíritus familiares y los rituales mágicos se mezclan y pasan a formar parte de la vida cotidiana en un fluir continuo.

Las tres novelas de Tatiana Lobo permiten la afluencia de una multiplicidad de voces, pero en *Calypso* el fenómeno se da con mayor fuerza debido a la cantidad de imágenes estereotipadas que cada visitante trae consigo: el escritor neoyorquino llega en busca de “un lugar del Caribe de clima cálido y gentes no letradas” (Lobo, *Calypso* 119); esta imagen es contrarrestada con la visión desde la perspectiva de una mujer negra: Eudora ve al profesor Abelardo Brenes y piensa que los hombres provenientes de las tierras altas del país se ven todos “iguales entre sí” (174).

Una de las mujeres de *Calypso*, Stella, se ve forzada a aceptar que no puede comunicarse con sus antepasados africanos debido a la sangre gringa heredada de su padre. Stella domina el inglés y el castellano, habla dos de las principales lenguas indígenas de la zona, y además aprendió de memoria el nombre científico de las mariposas gracias al cuaderno que un entomólogo dejó en Parima Bay. Cuando Stella intenta comunicarse con los antepasados inicia una letanía hipnótica que contiene esos nombres:

[...] morpho theseres aquarius

morpho peleides marinita

morpho poliphemus catarina

Cantaba. Entonces, desde el bastón central, un resplandor de plata se extendía dulcemente hasta alcanzar los pies descalzos que danzaban siguiendo la ruta de un círculo invisible. (Lobo, *Calypso* 137).

Lo que resulta irónico de esta escena es que el entomólogo es nada menos que un prófugo nazi; es decir, el europeo que desprecia las culturas foráneas y que además se ha adherido a una corriente política intrínsecamente racista, termina por transformarse en el inspirador (involuntario) de una nueva práctica ritual que intenta mantener vivas las tradiciones africanas. Este ejemplo resulta particularmente significativo porque ilustra el modo en que sujetos con visiones de mundo divergentes e incluso contradictorias, convergen en el Caribe y dan curso a nuevas formas de percibir el entorno y definir las identidades. Tal vez por eso Marina Gálvez Avero afirma que en la novela hispanoamericana contemporánea la realidad externa es mucho más compleja de lo que indica la simple apariencia (76-77). Esto introduce nuevas perspectivas y

abre campos de semanticidad que problematizan la relación entre el espacio geográfico y las significaciones que a él se le adscriben. Es una forma de cuestionar los juicios de valor que ya están anclados en el imaginario de aquellos lectores que gustan “recorrer” los paisajes exóticos de zonas simbólicamente lejanas.

## Conclusiones

En las novelas analizadas el movimiento espacial tiene efectos significativos en cada uno de los personajes. Si bien es cierto que todos ellos se mueven en el marco de coordenadas espaciales, también se trasladan dentro de la propia cronología del viaje y eso les permite crear una temporalidad propia. Las experiencias vividas y la percepción del espacio se complementan con la información conocida de antemano que ha sido legada por otros viajeros, o bien, que proviene del imaginario socialmente compartido.

La actualización de la información a partir de lo que el sujeto realmente encuentra en el Caribe posibilita una confrontación con los discursos oficiales y el cuestionamiento de las imágenes del Caribe como tierra indómita y espacio de lo desconocido. Si bien es cierto que estas características atraen a quienes se encuentran en la búsqueda de *sí mismo*, en las tres novelas hay una deconstrucción sistemática de las ideas preconcebidas: el Caribe no es el Edén para realizar el sueño primitivista, tampoco es el lugar de la perdición en el ámbito de las bananeras, ni tampoco el espacio “vacío” al que se entra con el ánimo de civilizarlo de acuerdo con los cánones occidentales.

Los personajes de estas tres novelas que realizan el viaje al Caribe se ven confrontados con su propia historia, temores y deseos frustrados. El encuentro con el *otro* pone en contacto el tiempo ajeno con la cronología propia, de modo que se produce un entrecruzamiento de diferentes ejes de tiempo. El espacio propio nunca se funde del todo con el espacio de escape (el espacio del *otro*), por eso no cabe la realización de la utopía. Debido a ello, Pedro de Albarán y Lorenzo Parima fracasan y deciden marcharse, aunque no regresan nunca al punto de partida

porque la identidad de ambos ha sufrido un cambio: el ciclo no se cierra y el proceso de búsqueda de sí mismo sigue adelante. María Motetes representa la excepción porque llega al Caribe sin expectativas claras ni ideas preconcebidas. En San José, María es doblemente subalterna puesto que es mujer y además afrodescendiente; sus opciones de vida son limitadas y por eso se desempeña como sirvienta de la familia Medero. El traslado al enclave bananero le ofrece la posibilidad de alcanzar una emancipación plena.

Quisiera destacar además que el contacto con el *otro* favorece un proceso de revisión y cuestionamiento de las ideas que estaban asentadas en el sujeto y eso cataliza un cambio. Desde esa perspectiva, es difícil sostener que el Caribe posee rasgos constitutivos inmanentes asociados a sus características geográficas (clima, vegetación, mar). Si existe un rasgo que puede considerarse el factor determinante del carácter polisémico de la zona caribeña, es el fenómeno de la transculturación. Tantas generaciones de inmigrantes contribuyeron a la coexistencia de relatos bíblicos, mitos medievales, leyendas indígenas, historias africanas y relatos de piratas. Es la razón de su riqueza cultural y dinamismo.

En las tres novelas de Tatiana Lobo las voces permanentemente configuran y desconfiguran el *constructo* que conocemos como Caribe. Esto no debería maravillarnos porque, después de todo, no se trata más que de discursos que, dada su historicidad, permanecen en constante movimiento.

## Bibliografía

Ainsa, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986.

Anderson, Benedict. *Imagined communities*. London: Verso, 1991.

Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.

Ette, Ottmar. *Literature on the Move*. Ámsterdam, New York: Rodopi, 2003.

Gálvez Avero, Marina. *La novela hispanoamericana contemporánea*. Madrid: Taurus, 1987.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis. “Al partir”. *Cuba política*. Daniel Pedreira, 23 de marzo de 2010. <<http://cubapolitical.blogspot.com/2010/03/al-partir-poema-de-gertrudis-gomez-de.html>> (28 de abril 2010).

Lavallé, Bernard. “Americanidad exaltada/hispanidad exacerbada: contradicciones y ambigüedades en el discurso criollo del siglo XVII peruano”. *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Ed. Catherine Poupene Hart y Albino Chacón. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2002. 17-35.

Lobo, Tatiana. *Asalto al paraíso*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.

Lobo, Tatiana. *Calypso*. San José: Farben Grupo Editorial Norma, 1996.

Lobo, Tatiana. *El año del laberinto*. San José: Farben Grupo Editorial Norma, 2006.

Mc Clintock, Anne. *Imperial leather. Race, gender and sexuality in the colonial contest*. New York: Routledge, 1995.

Said, Edward. *Orientalismo*. Madrid: Libertarias, 1990.